



Todos los personajes y los sucesos que aparecen en este libro, a excepción de aquellos claramente de dominio público, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *Kate and Clara's Curious Cornish Craft Shop*

© 2020, Ali McNamara

© 2023, de la traducción por Juan Carlos Postigo Ríos

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en esta colección: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-45-4

Código IBIC: FA

DL: B 4.871-2024

Diseño y composición de interiores:

David Pablo

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Ali McNamara

La pequeña tienda de los corazones felices

Traducción de Juan Carlos Postigo Ríos



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*Esta es la primera novela completa que escribo
desde que me diagnosticaron esclerosis múltiple,
así que me gustaría dedicársela a todos
mis compañeros Spoonie¹ Warriors,
a sus familias y a quienes se preocupan por ellos.
Seguid luchando y creyendo. Al final, lo conseguiremos.*

¹ El término *spoonie* del inglés *spoon*, «cuchara», derivado de la teoría de las cucharas, se emplea para denominar a aquellas personas que sufren de dolor crónico (N. del T.).

Uno

—No lo pillo —dice mi hija mientras mira fijamente el enorme lienzo de vivos colores de la pared que tenemos delante—. Es como algo que hice cuando era pequeña y pegaste en la nevera para que lo viera todo el mundo.

Tengo que darle la razón, pero, consciente de dónde estamos, elijo mis palabras con cuidado.

—Se llama «arte moderno» —susurro—; no todo el mundo lo entiende.

—¿Tú lo entiendes? —pregunta Molly, que sigue con una voz un poco demasiado alta para mi gusto—. Y, más concretamente, ¿crees que es bueno?

Unas cuantas personas que se encuentran cerca desvían su intensa mirada de la obra de arte que tienen delante hacia nosotras.

—Molly, tienes que bajar la voz —susurro de nuevo, sin responder a su pregunta—. Las galerías de arte son un poco como bibliotecas: a la gente no le gusta que la molesten mientras estudia.

Molly se cruza de brazos.

—En una biblioteca la gente quiere llevarse los libros a casa. No creo que nadie quiera llevarse a casa una serie de manchas azules que se repiten, ¿verdad, mamá?

Abro la boca para darle la razón, pero una refinada voz femenina habla primero.

—De hecho, este cuadro es una de nuestras obras más populares. Nuestra tienda vende más postales, láminas y bolsos

reproducidos a partir de esta obra de arte que de cualquier otra de toda la galería.

Miro a la mujer que está a nuestro lado. La he visto alguna que otra vez por el pueblo, contoneándose con bufandas de colores brillantes y capas de ropa desparejada.

–Es evidente que trabaja usted aquí –respondo con amabilidad–. Me parece que la he visto por St. Felix.

–Soy una de las conservadoras de la galería –responde con prepotencia–. Estoy a cargo de la nueva exposición sobre Winston James. Supongo que están aquí para la inauguración de esta noche.

Nos mira de arriba abajo como si se estuviera preguntando si nos han invitado por error.

–Sí –digo, sacando la invitación del bolso.

La mujer me la quita y la examina detenidamente.

–Ah –dice con complicidad–. Negocio local, ¿no? Tiene sentido.

–Sí –le respondo, arrebatándole la invitación–. Soy la dueña de Kate's Cornish Crafts, en Harbour Street. Vendemos artículos de arte y artesanía –recalco cuando me mira perpleja.

–Mmm –dice la mujer, que al momento pierde el interés por nosotras cuando entran más personas por las puertas de la galería principal–. La fiesta es por allí. –Señala vagamente en dirección a unas pesadas puertas de cristal–. Disfruten de la velada. –Luego se acerca corriendo a un hombre corpulento que lleva una larga gabardina negra y un sombrero negro tirolés a juego–. ¡Julian! Qué maravilla que hayas podido venir –exclama, y le da un beso al aire en ambas mejillas.

–Vamos –le digo a Molly mientras sonrío divertida ante el excéntrico grupo de gente que sigue a Julian por la puerta–. Cuanto antes acabemos con esta fiesta, antes podremos irnos a casa.

–¡Kate! –nos llama poco después una joven con voz alegre mientras Molly y yo permanecemos de pie allí plantadas con nuestras bebidas de cortesía mirando a la gente que nos rodea.

A algunos los reconocemos como vecinos de St. Felix y otros parecen muy distintos de los visitantes habituales de fuera del pueblo, pero encajan muy bien en el entorno de la galería de arte.

–¡Poppy! –le respondo, encantada de ver a una de mis compañeras propietarias de tiendas de Harbour Street–. ¿Cómo estás? Hacía mucho tiempo que no te veía.

–No he estado mucho en la floristería últimamente –dice con una mueca Poppy–. Náuseas matutinas –explica, dándose palmaditas en la barriga.

–¿Estás embarazada otra vez? –pregunto, encantada–. ¡Eso es maravilloso!

–Desde luego que sí –responde Poppy con cara de satisfacción–. Espero que ahora que estoy de más de doce semanas empiece a sentirme un poco mejor, como la última vez. Hola, Molly –dice al verla–. ¿Lo estás pasando bien?

Molly se encoge de hombros.

–No está mal.

Poppy sonríe.

–Me recuerdas a mi hijastra Bronte. Ella habría dicho algo similar a tu edad, al verse arrastrada a un lugar como este por uno de sus padres.

Molly mira incómoda a Poppy.

–Es una noticia maravillosa lo del bebé, Poppy –le digo–. No sabía que estabas esperando otro.

–Jake y yo se lo estamos diciendo a la gente ahora que es seguro. De hecho, creo que Jake ha tardado todas estas semanas en hacerse a la idea de que va a volver a ser padre.

–Este será su... cuarto hijo, ¿no?

–Sí, el segundo conmigo. Es que los dos primeros ya no son ni niños. Bronte tiene veinte años y Charlie veintidós.

–Bronte está en la universidad de arte, ¿no? Creo que una vez vino a comprarnos un cuaderno de dibujo, pero no creo que quedara muy impresionada por nuestra gama algo limitada.

–Tampoco puedes vender de todo, ¿no? –dice Poppy con pragmatismo–. La mayoría de las tiendas de St. Felix son bastante pequeñas. Tienes suerte de tener ese sótano para tener más espacio en la tienda. Seguro que Bronte encontró algo en tu tienda que le venía bien; nunca deja de dibujar. –Poppy se inclina hacia mí–. Sus dibujos son mucho mejores que la mayoría del «arte» que cuelga de estas paredes. Es un poco... infantil, ¿no?

–Supongo, pero es mejor que algunas de las obras de las otras salas. Parece como si alguien acabara de lanzar pintura a algunos de los lienzos de por ahí. Al menos se sabe qué es lo que representan estos cuadros.

–Eso es cierto –coincide Poppy–. En realidad solo he venido esta noche para apoyar la galería, ¿tú no? Es genial que hayan vuelto a abrir después de todas las renovaciones. Siempre vemos un aumento de visitantes cuando este lugar está abierto. ¡Parece que hay mucha gente que aprecia el arte moderno más que yo!

Sonrío. Poppy nunca tiene pelos en la lengua y admiro su honestidad.

–Está bien saber que pronto habrá más visitantes. Yo no lo sabía; la galería ha estado cerrada desde que abrí la tienda.

Poppy se queda pensativa.

–Sí, supongo. Me había olvidado de que ha estado cerrada tanto tiempo. ¿Cuándo llegaste...? ¿Hace doce meses?

–Dieciocho. Acababan de cerrar la galería por renovación cuando llegué.

–Dios, ¿tanto? Cómo pasa el tiempo.

Se oye el sonido de alguien golpeando un vaso de vino con una cuchara y la sala se calla mientras todos nos volvemos hacia el ruido.

–Damas y caballeros. –Es la mujer de antes–. Les pido que me presten atención unos instantes, por favor. –Espera a que toda la sala guarde silencio antes de comenzar–. Gracias. Como muchos de ustedes sabrán, me llamo Ophelia Fitzpatrick y soy la conservadora jefe de la Lyle Gallery. Como saben, nuestra magnífica galería acaba de reabrir después de nuestra extensa y, si me lo permiten, fabulosa reforma, así que estoy segura de que esta es la primera vez que algunos de ustedes nos visitan desde entonces. Seguro que todos estarán de acuerdo en que las renovaciones han valido la pena y la galería es ahora aún más impresionante que nunca. –Nos hace gestos a nuestro alrededor y hay una pequeña ola de aplausos–. Estoy convencida de que también estarán de acuerdo en que una galería, por asombrosa que sea su arquitectura, solo es tan buena como las obras de arte que exhibe y, como muchos de ustedes habrán visto esta noche, tenemos algunas obras de arte increíbles expuestas de forma permanente.

–«Incréibles» no es la palabra que yo usaría –murmura Poppy a mi lado, y Molly le sonrío con aprobación.

–Pero estoy muy contenta –continúa Ophelia– de que nuestra primera exposición especial en la Lyle Gallery sea de un artista local que vivió y trabajó aquí, en St. Felix, en los años cincuenta. Estoy segura de que todos han estado apreciando y admirando las numerosas obras de arte que estamos orgullosos de exponer en nuestras paredes, pero si no lo han hecho porque han estado demasiado ocupados divirtiéndose los animo a que se dejen cautivar y embelesar por ellas antes de que se marchen esta noche. Pero, antes de que se apresuren a hacerlo, tengo el inmenso placer de

presentarles a alguien que puede contarles mucho más sobre estos maravillosos cuadros y sobre el propio artista. Permítanme darle la bienvenida al escenario a alguien que conoció a Winston James mejor que nadie: su hijo Julian.

Ophelia rompe a aplaudir con entusiasmo, y la sala se une con una respuesta algo más apagada cuando el mismo hombre que hemos visto fuera unos momentos antes con sombrero y abrigo, ahora con un traje azul marino hecho a medida, camisa azul pálido y pañuelo de lunares blancos, sube al pequeño escenario provisional junto a ella. Le da un beso en ambas mejillas y le quita el pequeño micrófono con confianza.

–Gracias, Ophelia –le dice, haciéndole un gesto para que baje del escenario y que a nadie le quede duda alguna de que ahora le toca a él ser el centro de atención.

–¡Saludos, amigos! –dice Julian James dirigiéndose con entusiasmo a la sala.

Miro con recelo a Molly, pero ella ya está sonriendo y levantando el teléfono un poco más para poder grabarlo.

Pongo la mano sobre el objetivo de la cámara.

–¡Mamá!

Niego con la cabeza. Frunce el ceño y baja el teléfono.

–¿Puedo llamarlos «amigos»? –pregunta Julian, con una expresión de preocupación en sus rasgos cincelados–. Mi padre formó parte de la vida de St. Felix durante tantos años que siento que todos ustedes son sus amigos y su familia, y por lo tanto también los míos.

Poppy resopla a mi lado y se apresura a tomar otro sorbo de su zumo de naranja para disimular su diversión.

Julian parece percibir cierta disensión entre la multitud y mira con preocupación en nuestra dirección. Al instante me dedica una sonrisa encantadora.

Le devuelvo la sonrisa amablemente.

–Lo tienes en el bote –murmura Poppy, dándome un codazo.

–No lo creo –digo, poniendo mala cara–. No tengo el listón tan bajo.

–Pero debe de estar forrado –susurra Poppy, divertida–. Ahora que el padre pintor ya no está, toda la pasta debe de ser suya. Si puedes pasar por alto ese ridículo vello facial y la voz rara, es todo tuyo.

–¡Basta! –exclamo, intentando no reírme.

–St. Felix formó parte de la vida de mi padre durante muchos años –continúa Julian–, por eso le gustaba pintarlo a su manera. –Señala uno de los cuadros que tiene detrás–. Así que sé lo mucho que le habría emocionado saber que todos sus cuadros de St. Felix se exponen aquí, en la Lyle Gallery, este verano para que los admiren tanto ustedes, los lugareños, como todos los visitantes de St. Felix. –Levantamos las manos para aplaudir, pero Julian continúa–: De hecho, estoy seguro de que muchos de ustedes, propietarios de pequeños negocios, agradecerán muy pronto a mi padre que este verano haya aún más visitantes en el pueblo gracias a esta exposición, así que les pido que alcen sus copas en agradecimiento al genio que fue, y sigue siendo, el señor Winston James.

–Casi me convence –dice Poppy mientras levantamos a medias nuestras copas–, pero luego nos ha dicho lo agradecidos que deberíamos estar, y, aunque estoy de acuerdo en que las visitas son una ventaja para todos nosotros, es un poco pretencioso, ¿no?

–Parece bastante engréido –digo, echando un vistazo en busca de Molly, que parece haberse escabullido a alguna parte.

–Le sale la pomposidad por las orejas –dice Poppy con su habitual tono directo–. Ay, perdona, Kate, acabo de ver a Rita por allí. Tengo que hablar con ella sobre unas flores

que nos han encargado para un convite de boda en el Merry Mermaid. Vuelvo enseguida.

Poppy saluda a Rita con la mano y se abre paso entre la multitud de asistentes, muchos de los cuales parecen estar subiéndose al escenario en ese momento para hablar con Julian.

«¿Dónde ha ido Molly?», vuelvo a pensar, mirando a mi alrededor. No es propio de ella alejarse.

En realidad, tengo que admitirlo, últimamente sí que es más propio de ella. Desde que Molly es adolescente, ha cambiado; no físicamente –sigue siendo pequeña y enjuta–, pero sí en otros aspectos. Ahora viste con vaqueros, botas pesadas y camisetas con emblemas llamativos. Sin embargo, la diferencia no está en su aspecto, sino en que cada vez es más independiente.

Sintiéndome aún más incómoda de pie, sola y sin nadie con quien hablar, me vuelvo hacia el cuadro que tengo más cerca y finjo examinarlo.

Poppy tiene razón: el estilo es un poco infantil a primera vista. PUERTO DE ST. FELIX AL ATARDECER, se lee en la plaquita que hay bajo el cuadro.

«Mmm... Supongo que sí que es el puerto», pienso, mirando más de cerca el lienzo. Es fácil reconocer el característico puerto del pueblo con el pequeño faro al final, y enfrente las casitas de piedra encaladas que aún bordean el puerto, ahora en su mayoría tiendas, cafés y alojamientos vacacionales, y no viviendas para familias de pescadores, como en los años cincuenta. Sin embargo, la perspectiva de la imagen me resulta extraña, aunque tal vez sea deliberado. Además, el artista ha utilizado líneas y pinceladas muy básicas para completar su obra, por lo que se parece mucho a la visión de un niño pequeño del pueblo pesquero al que yo ahora llamo hogar.

–Uno de los favoritos de mi padre –dice una voz grave y madura por encima de mi hombro.

Me doy la vuelta y encuentro a Julian James un poco demasiado cerca para mi gusto. Tiene un vaso de vino tinto en la mano y le da un largo y lento sorbo mientras espera mi respuesta.

–¿De verdad? –pregunto amablemente, volviéndome hacia el cuadro–. ¿Por qué?

–¿No es evidente? –dice Julian, acercándose al cuadro.

–Tal vez tú puedas explicármelo.

El olor a *aftershave* caro y vino tinto me llena las fosas nasales mientras espero lo que supongo que será una respuesta muy larga sobre la calidad de la luz, las pinceladas maestras, la profundidad y los sentimientos.

–¡Fue una de sus obras más vendidas! –se ríe Julian, así que me vuelvo hacia él–. Se ha hecho más *merch* de esta pequeña preciosidad que de cualquier otra.

–¿*Merch*?

–¡*Merchandise*! –Se frota los dedos–. ¡Y donde hay *merchandise* hay dinero! ¡Mucho dinero!

–Ah, ya veo –respondo, preguntándome si Julian podría disgustarme más de lo que ya me disgusta–. Estoy segura de que tu padre nunca pensó en que sus cuadros fueran comerciales cuando los creó, ¿verdad?

Vuelvo a mirar el cuadro. Al lado del materialismo de Julian, de repente me parece muy puro e inocente. Me cuesta imaginar que alguien que ha creado una obra de arte tan ingenua como esta fuese tan interesado como para prever el dinero que podría ganar con ella.

–¿Estás de broma? Mi padre era el despilfarrador más extravagante e imprudente que he conocido. Le encantaba derrochar el dinero. Para él, cuanto más, mejor.

–Lo estás retratando muy bien –digo con ironía.

–Ah... –Julian me señala con el dedo–. Qué ingeniosa. Eres un pajarito muy listo, ¿verdad?

–Lo intento –respondo educadamente, deseando que alguien venga a por mí o a por Julian para no tener que soportar más su compañía.

¿Por qué de repente nadie quiere hablar con él? Unos minutos antes nadie podía acercarse a él.

–¿Qué haces aquí? –me pregunta Julian–. Creo que algunos de los invitados de esta noche son hombres de negocios locales y, por supuesto, mujeres –añade, agitando amablemente la mano en mi dirección–. ¿Eres una de ellas?

–Sí, soy la dueña de una de las tiendas de Harbour Street –le digo con orgullo–. Es una tienda de artesanía. Kate's Cornish...

–Qué bien –me interrumpe Julian, que no parece muy interesado–. Tu propia tienda.

–Estoy muy orgullosa de ella.

–Estoy seguro. Toma –dice Julian hábilmente, metiendo la mano en el bolsillo–, ¿por qué no te quedas mi tarjeta? Quizá quieras llamarme algún día. Podemos hablar de negocios y de otras cosas... –Me hace un guiño sugerente y casi vomito–. Suelo venir a Cornualles. Tengo una casa de vacaciones aquí y una villa de lujo en el sur de Francia. –Sigue enumerando sus propiedades como si fuera lo más normal del mundo–. Además de un piso en el sur de Londres, pero dudo que vayas mucho a la capital, ¿verdad? Es un viaje largo desde aquí.

–No –le contesto, cogiendo su tarjeta. Quiero decir mucho más, pero me muerdo la lengua, no quiero montar un numerito–. Tampoco voy mucho al sur de Francia. Taunton suele ser mi límite antes de que me dé el *jet lag*.

–Qué pena –continúa Julian alegremente, sin darse cuenta de lo que estoy diciendo–. Viajar es lo que más me gusta hacer, ya ves... Ah... ¡muy lista! *Jet lag*. Ya lo pillo.

–¡Julian! –lo llama Ophelia mientras corre hacia nosotros, para mi inmenso alivio–. Aquí estás. Tienes que conocer... Ah, usted otra vez –dice, sin intentar ocultar el desdén de su voz al verme–. ¿Está pasando una... agradable velada?

–La verdad es que sí –digo en un tono alegre, viendo la oportunidad perfecta para levantarme–. He visto cuadros maravillosos y me acaban de invitar a una villa de lujo en el sur de Francia para hablar de negocios... –Golpeo con aire despreocupado la tarjeta de Julian contra la palma de la mano para que Ophelia pueda verla bien, mientras le dedico lo que espero que sea una sonrisa deslumbrante–. Yo diría que es bastante agradable para un martes por la noche, ¿no crees?

»Estamos en contacto –le digo al engreído de Julian mientras aprovecho para escapar de los dos–. Adiós, Ophelia. Gracias por una velada realmente única.

Asombrada, me mira sin comprender.

A continuación me doy la vuelta y me alejo de ellos lo más rápido que puedo, esperando no encontrarme con ninguno de los dos pronto, y consciente de que la posibilidad de que esté «en contacto» con Julian es tan remota como la de que una gaviota no le robe la empanada de Cornualles a un turista este verano.

Dos

—¡Voy a dar un paseo con Barney, Anita! —digo desde lo alto de las escaleras de la tienda—. ¿Podrías Sebastian o tú subir un rato?

Engancho la correa de cuero rojo de Barney a su collar y me mira agradecido, así que le froto detrás de las orejas rubias justo donde le gusta y me acaricia la mano con el hocico.

—No te pongas nervioso —le digo—. Solo vamos a dar una vuelta rápida; luego tengo que coser.

Anita aparece al final de la escalera seguida de cerca por su joven colega Sebastian.

—No hace falta que subáis los dos —les digo—. No tardaré mucho.

—¡Pausa para el té! —dice Sebastian, agarrándose teatralmente la garganta—. Estamos deseando una taza de té, ¿verdad, Anita?

Anita asiente con su cabeza gris.

—Ya hemos desembalado casi todo. Solo quedan unos cuantos cachivaches: agujas de ganchillo, paquetes de agujas de bordar... ese tipo de cosas, pero no nos llevará mucho tiempo.

—¡Lo habéis hecho muy rápido! —digo, asombrada de que hayan desempaquetado muchas de las cajas que hemos recibido en la tienda este mismo día.

Es una entrega de material para manualidades, así que la mayoría son cosas pequeñas y complicadas que tardan siglos en colgarse en los raíles de madera o apilarse en los estantes de cristal de la planta baja.

–No nos andamos con tonterías cuando nos ponemos en marcha, ¿verdad, Anita? –dice Sebastian, rodeando con un brazo de chico joven a Anita por los hombros, mucho mayor que él–. Somos un gran equipo.

–Lo somos cuando dejas de parlotear uno o dos minutos –dice Anita de buen humor, dándole una palmadita cariñosa en el hombro.

Barney tira un poco de la correa.

–Muy bien, ya voy –le digo–. Volveré dentro de un rato. Puede que Molly llegue del instituto antes de que volvamos. Si es así, decídele que no puede estar más de quince minutos aquí en la tienda antes de ponerse a hacer los deberes arriba. Sé que la tentarás con un poco de tu tarta casera, Anita.

Anita sonrío.

–Ay, es que se lo merece. Es una buena chica.

–Sé que lo es, pero también sé que preferiría pasar el tiempo aquí abajo con vosotros dos que arriba haciendo los deberes.

–¿Qué tal os lo pasasteis en la galería anoche? –pregunta Anita–. He oído que fue bastante gente.

–Sí, estaba abarrotado; apenas podías moverte. Es increíble lo que pueden atraer un par de bebidas y un volován gratis. La exposición estaba bien, supongo, si te gusta ese tipo de cosas. Los cuadros no eran de mi agrado, la verdad. Quizá debería haberte dado las entradas, Sebastian.

Sebastian estudia en una Facultad de Bellas Artes de Londres la mayor parte del año, pero en vacaciones vuelve a casa, a St. Felix, a vivir con sus padres, y entonces me ayuda en la tienda. Estamos tan ocupados en los meses de verano que puedo permitirme el lujo, por los pelos, de contratar a dos empleados a tiempo parcial.

Sebastian se encoge de hombros.

–Qué va, no pasa nada. He estado en la galería muchas veces. En realidad no sé mucho sobre Winston James... ¿Su obra era buena?

Arrugo la nariz.

–«Buena» no es la palabra que usaría para describirla... ¿«Infantil», tal vez?

–¡Seguro que quieres decir naíf, querida! –dice Sebastian con una floritura de manos–. Eso es lo que siempre dicen los críticos cuando parece que ha pintado la obra un niño de tres años.

Me encanta eso de Sebastian: aunque es estudiante de arte, nunca se comporta como tal. No es un «fantasioso», como sugirió Anita cuando le dije que lo contrataría el verano pasado. Llama a las cosas por su nombre y admiro su sinceridad. Sí, es animado y un poco exagerado a veces, pero tiene buen corazón, es muy trabajador y los clientes lo adoran.

–Estoy segura de que anoche sonó mucho esa palabra –le digo, guiñándole un ojo–. ¡Vale, Barney! –le digo al cruce entre un labrador y un *golden retriever* que me toca la pierna–. Ahora ya sí que voy.

–Antes de que te vayas, Kate –dice Anita–, se me había olvidado decirte que antes ha llamado Noah, de la tienda de antigüedades. Dice que tal vez tenga algo que te interese.

–¿En serio? –le digo, preguntándome qué demonios podría tener Noah que yo quiera–. Bueno, gracias. Iré después del paseo con Barney.

Barney y yo dejamos a Anita y Sebastian con su té y, sin duda, con un buen cotilleo, y recorremos la calle a paso ligero camino del puerto.

Tengo mucha suerte de haber encontrado unos empleados tan buenos para ayudarme. Al principio éramos Anita y yo, y se podría decir que ella venía con el local. Antes de que yo fuera la inquilina, era una antigua tienda de lanas, propiedad

de una anciana llamada Wendy, que también vivía encima de la tienda, como Molly y yo ahora.

Por lo que he oído, Wendy y Anita solían llevar el local como si fuera una parada de cotilleo para las señoras mayores del pueblo, y era muy popular. Sin embargo, estoy segura de que hacía tiempo que no obtenían beneficios. Cuando Wendy falleció, por desgracia, se habló mucho de lo que iba a ser de Wendy's Wools, hasta el punto de que, cuando llegué yo y dije que quería abrir una tienda de artesanía, el propietario casi me abrazó de alegría y alivio porque el querido local volvería a abrir sus puertas con un negocio parecido. Incluso me ofreció un descuento en el alquiler si aceptaba quedarme con Anita, cosa que en aquel momento no me convencía demasiado. Ahora, echando la vista atrás, no sé qué habría hecho sin sus conocimientos y consejos sobre cómo hacer que mi pequeña tienda funcionara tanto para los lugareños como para los veraneantes que acuden a St. Felix.

Digo «pequeña tienda», pero en realidad tenemos dos plantas desde las que comerciamos. Para poder vender una gama lo más amplia posible de artículos de arte y artesanía, he reformado el sótano. Arriba, en la planta baja, tenemos mis propios diseños textiles, la mayoría hechos a mano por mí con un poco de ayuda de algunas de las señoras del pueblo, a las que contraté cuando las ventas despegaron el verano pasado.

Tener mi propia tienda ha sido una de mis ambiciones a largo plazo, y de vez en cuando tengo que pellizcarme porque no solo he logrado cumplir mi sueño, sino que también estoy ganando bastante dinero.

En verano, cuando baja la marea, está permitido llevar perros a la inmensa playa del puerto que se crea por la ex-

tensión de arena que dejan las olas. Una vez que Barney y yo nos hemos abierto paso entre las numerosas barcas de pesca encalladas que la marea baja ha abandonado en ángulos extraños sobre la arena mojada, le suelto la correa y recorre la playa a grandes saltos hasta que encuentra el primer olor interesante; entonces, cuando se ha detenido a olisquearlo demasiado tiempo, le doy un silbido y me persigue. Cuando nos hemos alejado lo suficiente para ver las olas rompiendo contra la arena, Barney me mira esperanzado.

–¡Ni lo sueñes! ¡No vas a meterte a nadar ahora mismo! –le digo antes de que tenga tiempo de lanzarse al agua–. Esta tarde no tengo tiempo para lavar y secar a un perro mojado y lleno de arena. Si te portas bien, podrás nadar mañana.

Saco su pelota del bolsillo para distraerlo y la lanzo por la arena, lejos de la tentación del mar.

Cuando hemos pasado unos quince minutos juntos en la arena, yo lanzando y él persiguiendo la pelota, mientras esquivábamos a los desprevenidos veraneantes que deambulaban desventurados por la improvisada playa, llamo a Barney para que vuelva a mi lado y regresamos caminando hacia el puerto. La marea empieza a subir a nuestras espaldas, y sé muy bien lo rápido que las olas volverán a formar un mar profundo y peligroso.

Muchos visitantes desprevenidos han quedado atrapados en uno de los altos bancos de arena en medio del puerto mientras las olas los rodeaban. Es tradición en St. Felix tener que rescatar a alguien al menos una vez a la semana.

–Vamos, chico –digo, atándole de nuevo la correa a Barney–. Volvamos por el camino más largo y así visitamos a Noah de camino.

Barney, a quien no le importa en absoluto que tomemos el camino más largo para volver a la tienda, se pone alegremente en marcha delante de mí, y serpenteamos por las calles em-

pedradas hasta que llegamos a Noah's Ark, una encantadora tienda de antigüedades que forma parte de St. Felix desde hace mucho más tiempo que nosotros.

Abro la puerta un poco para que la campana suene por encima de mí, y veo a Noah salir de repente de la trastienda.

–Ah, eres tú, Kate –dice Noah, entrando en la tienda–. Esperaba que vinieras.

–Llevo a Barney conmigo. Está un poco lleno de arena, así que no he querido meterlo.

–Tengo una tienda de antigüedades junto al mar, Kate. Creo que ya estoy acostumbrado a un poco de arena. –Me sonrío–. Deja que entre Barney. A Clarice le encantará verlo.

Clarice es su perrita. Un poco como yo con Anita, Noah la heredó cuando heredó la tienda de su tía.

Meto a Barney en la tienda y los dos perros se olisquean encantados a nuestros pies.

–Anita me ha dicho que querías verme para algo –digo con indecisión, sin saber todavía qué puede querer Noah.

Conozco bien a Ana, su compañera. Es famosa en todo el pueblo por su pequeña furgoneta roja, que alquila para eventos. Ana acude a todos, ya sea una boda o un baile de fin de curso, conduciendo a Daisy-Rose, como ella la llama, y les saca una sonrisa a todos los que las ven juntas.

–Sí, así es. El otro día recibí un lote procedente del vaciado de una casa –me explica Noah mientras me guía hacia la trastienda–. La anterior propietaria de la casa era una señora mayor, y debía de ser bastante artística, porque el desván lo tenía lleno de todo tipo de cosas: cuadros, equipo artístico, material para manualidades y esto –dice, señalando una vieja caja de madera.

–Parece una máquina de coser –le digo mientras abre dos pestillos de latón y levanta la tapa–. ¡Anda, es una máquina de coser! Y además muy antigua.

–Prefiero decir «*vintage*» –dice Noah, guiñándome un ojo–. Creo que esta es de principios del siglo xx, o puede que de antes.

–Quizá –digo mirándola–. Pero dudo que funcione.

–Yo también. ¡Diría que esta antigualla cosió su última enagua hace muchos años! Pero no pensaba que la quisieras para coser. Me pareció que podrías usarla en tu tienda para exponerla. La máquina realzaría tus diseños a la perfección.

–Supongo que podría quedar bastante bien en el escaparate si la limpiara un poco. ¿Cuánto quieres por ella?

Noah sacude la cabeza.

–Nada. Me harías un favor si me la quitaras de las manos, la verdad. Estas máquinas no dan mucho dinero, sobre todo en este estado, y ya le hiciste ese favor a Ana el año pasado con los interiores para Daisy-Rose. Te debemos una.

–¡Anda ya! Me encantó haceros esos cojines.

Vuelvo a mirar la máquina de coser.

–Imagino que sí que sería un objeto de exposición bonito... Pero tengo que darte algo a cambio, Noah.

–No, en serio, Kate, ya he ganado bastante dinero vendiendo todo el material artístico antiguo que venía con ella. Ayer vino un tipo a echar un vistazo y se lo llevó todo enseguida. Va a abrir una tienda de material artístico y me dijo que quedaría muy bien. Fue entonces cuando pensé en ti y en la máquina.

–¡Justo a tiempo! Y, bueno, ¿dónde va a abrir la tienda? ¿Por aquí cerca?

–Sí, justo al final de la calle, en la antigua carnicería.

–¿Qué? –exclamo–. ¿Aquí, en St. Felix? Pensaba que te referías a Penzance o Newlyn cuando has dicho «por aquí»...

–No, acaba de instalarse. Creo que espera abrir la semana que viene o la siguiente. Es simpático. Por lo visto, se acaba de mudar aquí.

–Pero ya vendemos material artístico nosotros –digo con la cara ensombrecida–. En el sótano de la tienda.

–Ah, claro... –dice Noah, dándose cuenta de repente de por qué estoy tan molesta–. No lo había pensado. Estoy seguro de que no supondrá una gran diferencia para ti, ¿no? Es decir, mira todas las tiendas de empanadas de Cornualles que hay, y parece que todas ganan dinero.

–Hay mucha más demanda de empanadas que de material artístico; es más especializado. Míralo de esta manera: si alguien abriera una tienda de alquiler de coches de época en St. Felix y vehículos para eventos, ¿os preocuparíais Ana y tú?

–Claro –dice Noah, asintiendo con pragmatismo–. Sé a lo que te refieres, Kate, pero en realidad no puedes hacer mucho al respecto si va a abrir la tienda pronto.

–Ah, ¿no? –digo, cruzándome de brazos–. Eso ya lo veremos...

Tres

Dejo a Noah tras darle las gracias de nuevo y prometerle que volveré a por la máquina. Luego paseo a Barney, con la mente todavía zumbándome, de vuelta a Harbour Street.

Noah tiene razón, por supuesto; no puedo impedir físicamente que alguien abra una tienda de arte aquí, pero no hay duda de que acabará haciendo mella en nuestros ingresos si la abren. Nuestro fuerte es la artesanía. Ni siquiera tratamos de vender tanto material de arte como una tienda especializada, ya que simplemente no tenemos espacio, pero somos el único lugar en St. Felix que vende algo, así que, cuando uno de los muchos artistas aficionados que acuden al pueblo cada año se queda sin azul marino, cerúleo o cualquier otro tono de pintura azul o verde, como ocurre a menudo, solo puede recurrir a nosotros.

–Voy a salir otra vez –le digo a Anita mientras dejo que Barney entre por la puerta; se dirige inmediatamente a su bebedero detrás del mostrador–. No tardaré mucho. Sebastian y tú estaréis bien, ¿verdad?

–Por supuesto, querida –responde Anita mientras dobla con esmero unos trozos de tela de acolchar en triángulos–. ¿Vas a algún sitio agradable?

–No exactamente –me apresuro a decir, sin ganas de dar más explicaciones en ese momento–. No tardaré. ¿Ha llegado ya Molly?

–Sí. La he hecho subir las escaleras para que empiece con los deberes, tal y como me dijiste.

–¡Eres un cielo, Anita!

–Puede que se haya llevado un trocito de tarta para aliviar la carga –dice Anita, y me ofrece una sonrisa serena mientras sigue doblando el tejido.

Salgo de la tienda y camino a toda prisa por Harbour Street. Saludo con la mano a los panaderos locales Ant y Dec de la Blue Canary al pasar. Su escaparate, como siempre, parece bastante vacío a estas alturas de la tarde y su tienda está mucho más tranquila de lo que lo estaría si hubiera pasado a primera hora del día, cuando las colas llegan hasta los adoquines mientras la gente espera pacientemente sus deliciosos pasteles, sándwiches y, por supuesto, sus empanadillas tradicionales.

La vieja carnicería que Noah ha mencionado no está en Harbour Street. Está justo arriba, en un pequeño cruce que tiene más tiendas típicas de una calle principal, como una farmacia, un banco y un estanco.

Me había dado cuenta de que estaban haciendo reformas cuando pasaba por allí en las últimas semanas, pero como las ventanas estaban cubiertas con persianas no había pensado en lo que iban a abrir.

Ahora no paro de darle vueltas.

–Hola –les digo a unos cuantos vecinos que pasan por la acera mientras miro fijamente el edificio que albergaba la antigua carnicería–. Qué bonito día, ¿verdad?

Una de las ventanas de arriba está abierta, así que puedo oír el sonido de una radio. No cabe duda de que hay alguien ahí dentro.

–¡Hola! –grito hacia la ventana abierta–. ¿Hay alguien en casa?

Obviamente, quienquiera que esté allí no puede oírme por encima de la música. Doy un paso, llamo a la puerta y retrocedo.

Nada.

Llamo aún más fuerte a la puerta, esta vez con más agresividad.

–¡Eh! –oigo que alguien grita desde la ventana–. ¿Puedo ayudarte en algo? Aún no hemos abierto.

–Sí, ya lo veo –replico mientras retrocedo de nuevo para ver con quién hablo–. Me preguntaba si podría hablar con el dueño, si está ahí.

–Ese soy yo. –Un hombre con gorra de béisbol mira desde la ventana. Sonríe–. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Eh... ¿Podrías bajar y abrirme la puerta? –le pregunto–. Es un poco incómodo estar gritándote a través de una ventana abierta.

–No tan incómodo como me resultará a mí abrirte la puerta a ti.

–¿Por qué?

Desvía la mirada un momento y suspira.

–Confía en mí. ¿Qué quieres? –me pregunta, algo molesto–. Estoy un poco ocupado ahora mismo.

«Encantador», pienso.

–Quería hablarte de tu tienda.

–¿Por qué? ¿Buscas trabajo? Todavía no tengo pensado contratar a nadie.

–No, desde luego que no. De hecho, ya tengo mi propia tienda.

–¡Enhorabuena! –dice sonriendo–. Ya somos dos. Qué afortunados, ¿no?

No sé si está siendo sarcástico o no, pero sigue sonriéndome, y sus ojos castaños oscuros parpadean inocentemente mientras espera mi respuesta.

–Mira, no estoy preparada para tener esta conversación así, al aire libre –le digo–. Hay... cosas que me gustaría hablar contigo.

–¿De veras? –Veo cómo levanta las cejas bajo el ala de su gorra–. Suena intrigante. Voy a estar libre en... –Mira el reloj–. Quizá en una hora. ¿Quieres que nos veamos en el *pub* del puerto a eso de las seis? Podemos hablar de todo lo que quieras cuando tenga una cerveza en la mano.

–Supongo que te refieres al Merry Mermaid.

Asiente.

Suspiro.

–Bueno, si no estás dispuesto a bajar y hablar conmigo ahora...

Espero por si cambia de opinión.

–No lo estoy.

–En ese caso, sí, supongo que tendremos que vernos a las seis.

–Genial. –Su cabeza desaparece de la ventana–. Si eso es todo –añade cuando vuelve a aparecer al cabo de unos segundos–, algunos dueños de tiendas tenemos trabajo que hacer.

Vuelve a ocultar la cabeza y cierra la ventana.

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza con exasperación. Luego me doy la vuelta con elegancia y bajo la calle.

Uf, qué hombre tan irritante, pero si quiero saber más sobre su tienda voy a tener que hacer lo que me ha pedido y encontrarme con él en el *pub* más tarde.

No hay nada, aparte de Molly y Barney, que sea más importante para mí que mi tiendecita y mis empleados. Me he esforzado muchísimo para que la tienda sea lo que es a día de hoy, y estoy decidida a descubrir si este recién llegado a St. Felix está a punto de poner nuestro éxito en peligro.

Cuatro

—Entonces, ¿con quién es esa cita exactamente? —pregunta Molly mientras estoy sentada en el tocador de mi habitación, en nuestro apartamento de encima de la tienda, intentando pasarme un cepillo por la melena larga y espesa. —¡Te repito que no es una cita! —insisto mientras consigo al fin desenredarme el obstinado nudo del que he estado tirando los últimos segundos.

Me miro en el espejo. Incluso con mi mirada crítica noto que tengo mejor aspecto ahora que hace media hora, cuando terminé en la tienda y me di una ducha. Me gusta verme con el pelo suelto. Normalmente lo llevo recogido en una coleta alta, en parte porque es más fácil en la tienda y en parte por la fuerte brisa marina que siempre parece soplar alrededor de St. Felix.

—He quedado con el dueño de la nueva tienda de arte de la que me habló Noah.

—Para darle pena, ¿verdad? Me lo dijo Sebastian.

—No —digo, preguntándome si debería maquillarme. Esta tarde me veo un poco pálida y con los ojos pesados—. Solo quiero saber qué tipo de material va a vender y si afectará de algún modo a nuestro negocio. No sé si su tienda solo venderá material de arte o si tendrá un inventario más amplio...

—¿Está bueno? —pregunta Molly.

—¿Quién?

—El hombre que has conocido. ¿Cómo se llama?

—No me lo ha dicho. —Cojo un poco de brillo de labios—. No llegamos a intercambiar nombres.

–¡Una cita a ciegas! –chilla Molly entusiasmada–. ¡Qué guay!

–Creo que sabrás que una cita a ciegas es aquella en la que sabes el nombre de la persona, pero no la has visto antes. Esto es al revés.

–Vale, entonces te lo preguntaré de nuevo. ¿Está bueno? Me aparto del espejo hacia ella. Molly está tumbada boca abajo en mi cama, con un ojo en el teléfono que tiene en la mano y el otro en mí mientras me preparo.

–No creo que sea importante, pero no, no me lo parece. Solo lo he visto a través de una ventana del piso de arriba, y llevaba una gorra.

Molly se lo piensa.

–¿Qué tipo de gorra?

–Eh... una gorra de béisbol, creo. ¿Por qué?

–¿Tenía algún escudo?

–¡No lo sé! ¿Qué importa eso?

–Porque podríamos saber un poco más sobre él si supiéramos qué tipo de cosas le gustan.

Suspiro y me vuelvo hacia el espejo.

–Nada de esto importa, Molly. Como ya te he dicho, esto no es una cita.

–Pero te estás maquillando. Nunca te maquillas.

–A veces sí.

–No, a menos que quieras impresionar a alguien, nunca te maquillas.

–Esta noche quiero sentirme segura, eso es todo. Sabes lo mucho que significa para mí la tienda. Quiero asegurarme de que nada va a arruinar el éxito que tantísimo nos ha costado alcanzar desde que nos mudamos aquí.

–Sí, me sé todo el rollo –dice Molly, incorporándose y sentándose con las piernas cruzadas–. Que siempre soñaste con tener tu propia tienda y vender tus propios diseños.

Que tuviste que abandonar tu profesión cuando nací yo y que hasta ahora no has podido volver a estar donde siempre quisiste.

–Algo así. –Termino de ponerme una ligera capa de rímel–. Aunque lo dices como si tenerte me hubiera frenado.

–Bueno, es que fue así, ¿no?

–Quizá un poco, en aquel momento. –Miro su reflejo en el espejo–. Pero sabes que no lo cambiaría por nada del mundo. Puede que esperar hasta ahora haya hecho que sea mucho mejor de lo que habría sido entonces. Lo bueno se...

–... hace esperar. Sí, ya lo has dicho antes. Tú y tus citas inspiradoras, mamá. Deberías abrir una cuenta de Instagram.

–Ya tengo bastantes problemas con la que tenemos para la tienda, gracias.

–Ya te lo dije... Deja que yo me encargue.

–Tú tienes que concentrarte en tus deberes.

–Seguro que también podría gestionar las redes sociales de la tienda. Podrías pagarme...

Me giro de nuevo y le sonrío con pesar.

–¡Lo sabía!

–Estás estupenda, mamá –dice Molly, mirándome con la cabeza inclinada hacia un lado–. Muy guapa. Deberías arreglarte más a menudo.

–Gracias, supongo. –Me levanto y miro el despertador–. Vaya, ¿ya es la hora? Será mejor que me vaya. Ven a darle a tu madre un abrazo de buena suerte.

Molly se baja de la cama y nos abrazamos un momento.

–Mi madre se va a una cita –dice, apartándose para mirarme de nuevo–. ¿Qué será lo siguiente?

–Por última vez, ¡no es una cita!

El Merry Mermaid no está lejos de la tienda, y puedo oír las campanas de la iglesia dando las seis mientras camino hacia

el puerto. Hace una tarde preciosa y el pueblo sigue lleno de veraneantes que disfrutan del sol de la tarde.

Veo al hombre de la tienda nueva sentado fuera del bar, en una mesa de madera, con una pinta de cerveza en la mano. Ya no lleva gorra, así que veo que tiene el pelo castaño, corto y ondulado. Lleva gafas de sol de aviador y una camisa blanca ceñida al pecho y los hombros anchos. Me saluda con la mano cuando me acerco.

–Hola de nuevo –me dice, sonriéndome pero sin levantarse–. ¿Quieres acompañarme?

–Gracias –digo, a punto de sentarme–. Bueno, en realidad debería pedirme algo primero. ¿Quieres otra?

–Ah, no, estoy bien, gracias.

En ese momento, por alguna razón que no puedo entender, parece un poco incómodo.

–Entonces voy a por la mía, ¿vale? Disculpa, vuelvo en un momento.

Dejo al hombre, cuyo nombre todavía no conozco, y me dirijo al bar. Rita, la dueña, no tarda en atenderme.

–¿Qué te pongo, cariño? –me pregunta–. No es habitual verte por aquí..., sobre todo tan temprano.

–Solo un zumo de naranja con hielo, por favor, Rita. Sí, he quedado con alguien.

–¡Ah! –exclama Rita mientras busca una botella bajo la barra–. ¡Qué interesante!

–No, nada de eso. Son negocios.

–Ah –dice, sin ocultar su decepción, mientras pone hielo en un vaso y vierte el zumo por encima–. Qué aburrido. Esperaba que fuera algo mucho más emocionante; tengo que admitir que me encanta el amor.

–¿Sabes algo de la tienda que van a abrir donde estaba la antigua carnicería? –le pregunto, esquivando a propósito su comentario mientras le paso un billete de cinco libras. Rita

lo sabe todo y conoce a todos en St. Felix, así que lo más normal es que sepa algo de esto.

–Va a ser una tienda de arte, ¿no? –dice mientras busca el cambio en la caja–. El tipo que la va a abrir está fuera tomando una copa, si quieres habla con él. Ah... ¿la reunión de negocios es con él?

–Así es –digo mientras cojo las monedas que Rita me pone en la mano.

–Es majo. Aunque no me gustaría estar en su lugar.

–¿Qué quieres decir? –digo; de repente, un grupo numeroso entra en el *pub* y Rita se ve obligada a poner fin a nuestra charla en favor de sus propios intereses comerciales.

Cuando me dirijo a la mesa con la bebida, el sol está tan bajo en el cielo que tengo que protegerme los ojos de su resplandor. Vuelvo a sentarme frente al hombre.

Busco las gafas de sol en el bolso.

–Así está mejor –digo–. Antes no podía ver bien; la luz del sol es muy brillante aquí en el puerto por las tardes.

Mi acompañante sonrío.

–Va a ser una puesta de sol impresionante. Por favor, dime que el tiempo es así siempre.

–Ojalá. La única forma de describir el tiempo en St. Felix es utilizando el adjetivo «inestable»: tenemos nuestro propio microclima. A unos kilómetros de la costa puede estar lloviendo a cántaros, pero aquí hace sol, y al revés.

–Eso pensaba yo. Bueno, entonces tendremos que valorar aún más esta magnífica tarde. Hay que vivir el momento, ¿no?

–Sí, supongo que sí. Todavía no me he presentado como es debido. Soy Kate.

–Jack –dice el hombre, tendiéndome la mano–. Encantado de conocerte, Kate. Bueno, odio hablar de negocios, pero antes parecías bastante preocupada, cuando estabas fuera de mi tienda. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Me preguntaba qué tipo de tienda vas a abrir –digo, y le doy un sorbo a mi zumo de naranja mientras intento ser informal–. He oído que va a ser una tienda de arte.

–Eso es, sí.

–¿Y solo vas a vender material artístico?

–En general, sí. Me di cuenta de que había un hueco en el mercado y, teniendo en cuenta la cantidad de gente que viene a pintar aquí cada año, me parece un desperdicio no llenar ese hueco, por así decirlo.

–En mi tienda vendemos material artístico –le digo manteniendo un tono suave–. Nos va bastante bien. Te sorprendería la cantidad de gente que se queda sin tonos de azul cuando está pintando sus paisajes marinos.

–¡A eso voy! –comenta Jack–. Este lugar está pidiendo un proveedor de arte decente a gritos. ¿Cuál decías que era tu tienda?

Me rechinan los dientes y aprieto la mandíbula. ¿No se ha dado cuenta de que está siendo grosero? ¡Una tienda de arte «decente»!

–Soy la dueña de Kate's Cornish Crafts en Harbour Street –respondo con determinación.

–Ah, sí, creo que la he visto. Vendes chismes caseros, ¿no es así? Cubreteteras, bolsas, ese tipo de cosas...

–Son un poco más que chismes. Yo misma diseño y confecciono todos los artículos; bueno, cuento con la ayuda de algunas señoras con mucho talento del pueblo, así que todo está hecho a mano y es único. Yo misma hago todos los bordados a máquina.

Jack me mira con expresión divertida.

–¡Tranquila! No te estaba atacando. Suena genial. ¿Y te va bien con eso?

–Muy bien, de hecho.

–Me alegro. Pero has dicho que también vendes material artístico, ¿no? ¿Dónde?

–Nuestra tienda tiene un sótano. Vendemos una amplia gama de materiales de arte y de artesanía.

–Ah, ya veo... un sótano. Entonces no me extraña que no me diera cuenta.

–Está muy bien señalado si entras en la tienda, y tenemos carteles en el escaparate que habrías visto si te hubieras molestado en mirar.

–Oye –dice Jack, levantando la mano–. ¿Por qué eres tan agresiva? No he venido a criticar tu tienda. Ni mucho menos. Me da la sensación de que en este pueblo los dueños de las tiendas se apoyan unos a otros.

–Así es.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Que estás invadiendo mi territorio.

Una expresión de perplejidad se dibuja en el rostro de Jack, que se quita las gafas de sol.

–Perdona... ¿qué?

–Estás invadiendo mi territorio –repito–. Vendiendo material de arte te llevarás parte de nuestras ventas.

–Ah, ya veo. –Jack asiente con complicidad–. ¿Me perdonarás si discrepo? En mi tienda venderé material profesional, no unas cuantas paletas de acuarela y libros de pintura para niños.

Me quedo con la boca abierta por la sorpresa.

–No vendemos libros de pintura para niños –le digo, recuperándome de su insulto.

–Pero vendes esas paletas de acuarela, ¿no? –insiste con una sonrisa–. Vamos, ¿te atreves a decirme que no?

Ahora aprieto los labios.

–Me lo imaginaba –añade, echándose hacia atrás en la silla.

Estoy tan enfadada que no me fijo en el respaldo contra el que se está apoyando.

–¿Cómo te atreves a sentarte aquí e insultarnos a mi tienda y a mí? –le digo con toda la calma que puedo–. ¿Te das cuenta de lo grosero que estás siendo?

–Ay, Kate, estoy de broma –dice Jack, avergonzado–. Lo siento si te he ofendido. Me educaron así. Estoy acostumbrado a las bromas y doy por hecho que los demás también. Tal vez debería controlarme un poco cuando conozco a gente nueva.

–Sí, creo que deberías –respondo, todavía agraviada, pero algo más tranquila.

–Mira, no quiero pisotear el negocio de nadie. Aunque tampoco estaría tan mal, la verdad –dice, poniendo los ojos en blanco. Lo miro preguntándome qué querrá decir–. Estoy seguro de que mi tienda no venderá nada que interfiera demasiado con tu negocio. Te lo prometo. ¡Ni una aguja de tejer a la vista! –Se lleva la mano a la cabeza en un elegante saludo–. Palabra de *scout*.

Me relajo un poco y le dedico una media sonrisa.

–Eso espero.

–Así está mejor –dice Jack–. Ahora podemos ser amigos de nuevo. ¿Qué tal otro trago?

–Tengo que irme pronto –digo, mirando el reloj–. Y todavía tengo bastante, gracias. –Levanto el vaso.

–Vaya, qué pena. ¿Te importa si me tomo otra?

–Por supuesto que no.

De repente, cuando se dispone a dejar la mesa, la veo por primera vez y me pregunto, mientras él empieza a avanzar con destreza hacia la puerta del *pub*, cómo he podido pasarla por alto.

Jack está en una silla de ruedas.